

§. XI.

La predicacion de san Juan, precursor de Jesucristo.

Llegado, en fin, el tiempo en que el que era la luz que alumbraba á todo hombre que viene al mundo, debia salir de su vida oculta y escondida, se vió comparecer su precursor el año decimo quinto del imperio de Tiberio, el treinta de Jesucristo, el treinta y medio de san Juan: este fue el año en que este hombre extraordinario, este Profeta y mas que profeta, á quien la Escritura habia llamado el ángel del Señor, destinado á preparar los caminos al Mesías, y á anunciar la venida de aquel de quien él no era sino el precursor y rey de armas: en este tiempo, vuelvo á decir, fue cuando Juan Bautista, que hasta entónces habia vivido en el desierto, salió de la soledad, y vino á las riberas del Jordan predicando un bautismo de penitencia, que no daba la remision de los pecados, sino solo disponia á los hombres á recibirla, por cuanto no era sino figura del bautismo que Jesucristo habia de instituir mas adelante. Haced penitencia, gritaba, porque el reyno de los cielos está cerca: él era el primero que daba exemplo con su vida austera, pues iba vestido de un cilicio hecho de pelo de camello que se ceñia alrededor del cuerpo con un ceñidor ó correa de cuero, no teniendo otro alimento que langostas y miel silvestre.

Bien presto se vió seguido el nuevo predicador de muchas gentes: vino á él todo el pais, y los pueblos movidos á arrepentimiento de sus pecados, los confesaban y recibian á montones su bautismo. Habiéndose extendido su fama por toda la Judea, y estando persuadido todo el Oriente que los dias del Mesías habian ya llegado, la mayor parte de los que iban á oírle creyeron que aquel hombre podia ser muy bien el Mesías. Pregúntanle si era el que esperaban; respondió que no lo era: que él bautizaba solamente con agua para disponer al pueblo á la penitencia, y preparar los caminos á aquel de quien no era

digno ni aun de desatar las correas de los zapatos: que por lo que miraba al Mesías esperado tanto tiempo habia, iba á venir bien presto: que éste era quien les habia de dar el bautismo del Espíritu santo, y de la más encendida caridad; en virtud del cual sus almas serian purificadas de todo pecado: y que ya tenia el cribo en la mano para purgar su era, y arrojar la paja inútil al fuego que no se apaga. Esto era hacer en pocas palabras el verdadero retrato del Salvador del mundo.

Mientras que todas las gentes venian á Juan para ser bautizadas, vino tambien de Nazaret Jesus á que Juan le bautizara. El Bautista, ilustrado interiormente con una luz sobrenatural, le distinguió muy bien entre la muchedumbre, aunque jamás le habia visto: conoció que el que venia á él á ser bautizado era el Mesías prometido, cuya venida habia él mismo anunciado ya. Penetrado entónces del mas profundo respeto y de una secreta confusion, á vista de una humildad tan pasmosa, rehusó al principio bautizar al que era el cordero sin mancha. ¿Que es esto, le dixo, vos venis á que yo os bautize? ¿No es mas justo que reciba yo de vos el bautismo? No duró mucho esta especie de contestacion. Déxame hacer por ahora este acto de humildad, le respondió el Salvador; conviene que yo parezca públicamente entre los pecadores, pues he tomado la semejanza de pecador: debo dar al público este exemplo ántes de darle lecciones de humildad con mis palabras: entrámbos debemos cumplir con todos los officios de la justicia, y practicar quanto hay de más perfecto. Cualquiera réplica hubiera sido supérflua; y así Juan obedeció, y bautizó á aquel que le habia santificado á él mismo en el seno de su madre Isabel.

Bien presto fue ensalzada la pasmosa humildad del Salvador divino. Apenas habia salido del agua, cuando puesto en oracion á la orilla del Jordan se abrió el cielo, el Espíritu santo baxó visiblemente sobre él en figura de paloma, y se oyó una voz que venia de lo alto, y decia: Este es mi querido hijo en quien tengo todas mis complacencias. Lo que apareció no fue una verdadera paloma, sino que el Espíritu santo quiso manifestarse, y hacerse sensible baxo una figura, que era símbolo de la grande inocencia de aquel que siendo la misma inocencia

cia se había dignado y había querido confundirse con los pecadores.

Fué ésta como una declaracion pública de la llegada del Mesías, y un testimonio auténtico de su mision. Y así en lugar de volverse á Nazaret, el Espíritu santo de que estaba animado le llevó á la soledad. Retiróse Jesus al desierto para ser tentado en él por el demonio, y para alcanzar del demonio una ilustre victoria; no queriendo el Hijo de Dios empezar los ejercicios de su vida pública sino despues de haber vencido al enemigo que tenia á los hombres esclavos desde el pecado de Adan.

§. XII.

Jesucristo en el desierto.

Estando Jesus en el desierto, pasó cuarenta días y otras tantas noches sin comer ni beber. Este ayuno de cuarenta días antes de la predicacion del evangelio habia sido figurado por el ayuno de Moyses, el cual estuvo sin comer ni beber los cuarenta días que precedieron á la promulgacion de la ley antigua. Un ayuno tan extraordinario y tan visiblemente sobre las fuerzas de la naturaleza puso en armas á todo el infierno: imaginábase el espíritu de tinieblas por conjeturas, todas las mas bien fundadas, que un hombre de una vida tan exemplar, tan santa, y que era capaz de pasar cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber podia ser muy bien el Hijo de Dios y el Mesías; pero no se hubiera atrevido á tentarle, si Jesus, despues de ayuno tan riguroso, no hubiese querido sentir el hambre, y caer en una extremada flaqueza para animar de este modo al tentador, dexándole creer que aquel hombre, por mas extraordinario que pareciese, no era sino un hombre sujeto á las mismas enfermedades que los otros hombres; y que podria muy bien estar igualmente sujeto á las mismas pasiones. Alentado, pues, con esta opinion el demonio, se le presentó en figura humana, y le dixo: Me parece que eres el Hijo de Dios; si es así, añadió, ¿cómo no haces que estas piedras se conviertan en pan, y remedias la extremada flaqueza á que te ha re-

ducido el ayuno? Queriendo Jesus dexarle siempre en la duda en que estaba acerca de su divinidad, se contentó con responderle estas palabras de la Escritura: El hombre no vive con solo pan, sino con cualquiera palabra que sale de la boca de Dios; como si dixera: lo que da vida al hombre es una perfecta obediencia á todo lo que Dios manda; sin duda, en consecuencia de esto, dixo despues el Salvador, que su alimento era el cumplimiento de la voluntad de su Padre que le envió (*Joan. 4.*).

Habiéndole salido al demonio tan mal este artificio tan generoso, creyó que sería mas feliz si le tentaba por el lado de la presuncion y vanagloria, la que entre todas las tentaciones es la mas delicada, y por lo comun la mas de temer para aquellos que parece están sobre los placeres sensuales. Habiendo permitido el Salvador que el demonio le tentase, le permitió tambien que le llevara á lo alto del balaustre que rodeaba el techo del templo de Jerusalem. Los intérpretes no dudan que una de las miras del demonio en este transporte fue hacer pasar al Hijo de Dios por hechicero; lo que le parecia conseguiria llevándole por los ayres á vista de todo el mundo, y poniéndole en lo alto del templo á vista de todo el pueblo de Jerusalem; pero es cierto que Jesus se hizo invisible, sin que el demonio lo advirtiese. Estando ya allí, tuvo éste la insolencia de decirle, que si era el hijo tan querido de Dios, como una voz baxada del cielo lo habia publicado en las riberas del Jordan despues de su bautismo, debia dar una prueba manifiesta de ello que confirmara lo que se habia oido: Arrójate, pues, de aquí abaxo, le dixo, no tienes que temer te suceda el menos mal; porque la misma Escritura que citas, dice que Dios tiene encargado á sus ángeles el cuidado de la persona de su hijo para que vealen en su conservacion, y le lleven en sus manos por si acaso sus pies tropiezan en alguna piedra; pero Jesus replicó, que esta misma Escritura decia en términos formales: *No tentarás al Señor tu Dios.*

Una respuesta tan precisa y tan sábia cubrió de confusion al tentador; pero no por eso desistió de su empresa. Altivo el espíritu soberbio con el poder que Dios le daba de transportar á su arbitrio á aquel hombre tan

santo y tan prodigioso, tuvo todavía la osadía de llevarle sobre la cima de uno de los mas altos montes; y mostrándole desde allí la inmensa extension de país que comprendía todo el horizonte, le dixo el impostor: Todos estos reynos son míos: yo reyno y soy adorado en todos estos pueblos, á excepcion de la Judea: en todas las naciones se me ofrecen víctimas é incienso: todos estos estados están á mi disposicion, y los reparto entre los que me sirven; todo esto te lo daré si te postras y me adoras. A una proposicion tan insolente y tan impía, revistiéndose Jesus de Señor que manda con imperio, le dixo con indignacion: Retírate de aquí, Satanás; es decir, enemigo de Dios y de los hombres; y sabe que está escrito: *Adorarás al Señor tu Dios, y le servirás á él solo.* Estas palabras fueron un rayo para el tentador, el cual desapareció cubierto de confusion; y entonces los ángeles, acercándose al Salvador, le sirvieron la comida despues de un ayuno tan largo, trayéndole que comer. Con esto quiso Jesucristo enseñarnos que la victoria de las tentaciones es siempre seguida de favores celestiales: que la tentacion siempre va acompañada de la ayuda de la gracia, y que la fidelidad en la tentacion es siempre premiada inmediatamente con una nueva gracia, y con algun nuevo favor del cielo. Pasma que el Salvador le permitiese al demonio llevarle y transportarle por los ayres; pero el poder que Jesucristo les dió despues á los verdugos sobre su persona no nos debe causar ménos admiracion, que el que da aquí al espíritu maligno.

Mientras que el Salvador estaba en el desierto, Juan Bautista, que habia pasado al otro lado del Jordan, predicaba con admiracion y con utilidad de todos la penitencia: su modo de vida austero; su santidad y su predicacion confirmaron la opinion que se tenia de que Juan podia ser muy bien el Mesías; lo cual movió á los principales de entre los judíos á que le enviaran una diputacion de sacerdotes y de levitas para preguntarle si era Cristo; respondiòles Juan que no: le dixeron, si era Elías, ó á lo menos algun profeta; á lo que respondió que no era ni lo uno ni lo otro. ¿Pues quien eres, replicaron los diputados? Y si no eres ni Cristo, ni Elías, ni profeta, ¿por qué bautizas? Yo soy, les dixo entonces el

Santo, aquel de quien habló Isaías cuando viendo en espíritu al Mesías, y á aquel que era enviado para darle á conocer, y mostrarle, dixo: *Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad el camino al Señor, hacedle senderos rectos, y llenad los valles, allanad los montes para ver la salud que viene de Dios.* Yo soy, pues, esta voz que no cesa de gritar en el desierto: purificad vuestros corazones con el bautismo de la penitencia; humillaos, enderezad vuestros caminos reformando vuestras costumbres, y preparaos por este medio á recibir á aquel que es la misma salud: por lo que á mí toca, si yo bautizo, no es sino con agua, pero vosotros teneis ya en medio de vosotros mismos, aunque no le conocéis, al que esperais, de quien yo soy el precursor; este es él único que purifica al alma perdonando los pecados.

§. XIII.

El bautismo de Jesucristo; el cual comienza á tener discípulos

Habiendo salido del desierto el Hijo de Dios, fue cerca del parage donde Juan bautizaba; el cual, viéndole acercarse, dixo en voz alta al pueblo que se habia juntado alrededor de él: *¿Veis á ese que viene? mostrándoos á Jesus, ese es el cordero de Dios: ese es el que quita los pecados del mundo; ese es aquel de quien os he dicho, despues de mí viene un Salvador que es antes que yo. Yo no le conocia; pero el que me envió á bautizar me dixo: Aquel sobre quien vieres baxar el Espíritu santo es el Hijo de Dios; y habiendo visto baxar sobre él el Espíritu santo en figura de la paloma, le he conocido, y doy testimonio que él es el Hijo de Dios: Ego vidi, et testimonium perhibui quia hic est filius Dei (Joan. i.).* De este modo desempeñaba el santo Precursor las obligaciones de su ministerio.

El dia siguiente por la tarde, pasando Jesus por el mismo parage, no bien le hubo visto san Juan, que acababa de despedir á los que habian ido á oírle, cuando dixo en presencia de dos de sus discípulos que se ha-

bian detenido: *Veis ahí el cordero de Dios.* Los dos discípulos, oyendo decir á su maestro que Jesus era el cordero de Dios, comprendieron desde luego que Jesus era el Mesías: siguiéronle, pues; y habiéndole preguntado dónde estaba alojado, le acompañaron hasta su alojamiento. Su conversacion los confirmó bien presto en su opinion; y desde la primera vez que le oyeron hablar, conocieron que habian encontrado al Salvador. El uno de los dos, llamado Andres, saltando de gozo, dexa por un instante á Jesucristo, y va á referir á su hermano Simon que habia encontrado al Mesías: *Invenimus Messiam.* Los dos hermanos fueron sin detenerse á juntarse otra vez con el Salvador, quien mirando á Simon, sobre el cual tenía ya formado sus designios, le dixo: *Hasta ahora te has llamado Simon, hijo de Jonás; pero de aquí adelante te llamarás Cefas, que significa Pedro ó piedra.* Por esta distincion y preferencia del Salvador tuvo san Pedro la prerogativa de ser puesto el primero en el número de los discípulos de Jesucristo, pues á él fue á quien el Salvador dirigió desde luego la palabra, y á quien destinó desde entonces por una predileccion bien conocida, á ser la cabeza de su Iglesia, su vicario en la tierra, y la piedra en que debía descansar, y sobre que debía fundarse todo el edificio. Lo restante del día, y quizá parte de la noche, lo pasaron con el Salvador, y conocieron bien presto que sus palabras eran palabras de vida eterna.

El día siguiente, como Jesus se volviese á Nazaret acompañado de sus tres primeros discípulos (se ignora el nombre del compañero de san Andres), encontró el Señor á Felipe, que era de Betsáida, de donde eran tambien los dos hermanos Pedro y Andres; díxole el Salvador que le siguiera, y Felipe no se detuvo un instante á deliberar si le seguiria. Habiendo éste encontrado poco despues á Natanaél, que se cree ser san Bartolomé, le dixo: *Amigo, hemos encontrado á aquel que se nos prometió por los profetas y por Moyses; este tal es Jesus de Nazaret. ¿De Nazaret, replico Natanaél, puede salir cosa buena?* Fue decir, segun el dictámen de algunos santos padres: me dices que Jesus de Nazaret es el Mesías; ¿por ventura el Mesías no debe venir de Belén? ¿El Sal-

vador puede venir de esta ciudad de Galilea? Ven conmigo, replicó Felipe, y tú mismo verás quién es. Sigióle Natanaél; y viendo Jesus que se acercaba, dixo: Este es un verdadero israelita. Sorprendido Natanaél de la acogida que le hizo el Señor, le dixo: *Maestro, ¿de dónde me conoces?* Respondióle el Salvador: *Yo te conocia ya antes que Felipe te llamase, y sé con qué fervor le pedias á Dios debaxo de la higuera que te diese á conocer al Mesías.* Ilustrando entónces la gracia á este nuevo discípulo, exclamó: ¡Ah, bien veo, Señor, que vos sois el Hijo de Dios, y el rey de Israel anunciado por los profetas! *Tu es filius Dei, tu es rex Israel (Joan. I.)* Con todo, esta confesion no le valió tanto á Natanaél, como le valió á Pedro otra semejante que hizo despues: puede ser que el principio de la de Natanaél no fuese tan sobrenatural.

§. XIV.

El primer milagro que hace Jesucristo en público.

Hasta aquí no habia hecho el Hijo de Dios cosa que por lo estupendo diese golpe á los hombres: los cinco discípulos que se le habian juntado, habian sido atraídos solamente por los lazos secretos de la gracia, por la virtud todopoderosa de su palabra, y por la uncion de sus conversaciones; pero habiendo llegado á Nazaret, fué convidado con su madre y sus discípulos á una boda que se celebraba en Caná, pequeño pueblo de Galilea, poco distante de Cafarnaun. Jesucristo nunca hacia nada que no fuese con algun fin y por algun motivo sobrenatural; todo era perfecto en este Señor, aun en sus acciones las mas comunes: convidado á la boda, se dignó asistir á ella. A mitad de la comida, habiendo faltado el vino, la santísima Virgen, que estaba puesta á la mesa junto á él, advirtiéndole la turbacion en que se hallaban aquellos á cuyo cargo estaba la funcion, y queriendo ahorrarles á los que les habian convidado la confusion que les iba á causar esta falta, dió á conocer sencillamente al Salvador el deseo que tenía de que se sirviese en esta ocasion de su omnipotencia para remediar

milagrosamente una tan urgente necesidad Respondióla Jesus: *Muger, ¿que te va á ti ni á mí en esto?* (Joan. 2.) (La palabra muger, de que se sirve Jesucristo en esta ocasion, no es un término de arrogancia, y mucho menos de menosprecio: la voz *muger* era entre los hebreos un término político y de respeto, como lo es entre los franceses el de *madama*, y entre los españoles el de *señora*). *Todavía no ha llegado mi hora*; quiere decir, que sin que la Virgen se lo hubiera rogado, no hubiera empezado tan pronto á manifestarse al mundo con milagros públicos. No tenia necesidad la santísima Virgen de una repuesta mas positiva: sabía demasiado bien que su hijo no era capaz de negarla nada, y que bastaba mostrarle su inclinacion para ser oida al mismo instante; así se vió, que llamó luego á los criados, y les dixo que hicieran puntualmente quanto Jesus les dixese. Habia en la casa seis tinajas de piedra; es decir, de aquella especie de alabastro que con facilidad se dexa trabajar del cincel, y aun se puede tornear: estas tinajas estaban muy en uso entre los judíos; servíanse de ellas para lavar los vasos en que bebían, y los cuchillos y otras cosas de que se servían á la mesa; como tambien por si alguno queria lavarse las manos y la cara, que es lo que llamaban los judíos purificacion: cabia en cada una de estas tinajas sesenta ú ochenta azumbres de agua, que es lo que hacen las dos ó tres metretas que dice el evangelio. Dixo Jesus á los que le servían que llenaran de agua las tinajas; y al instante aquella agua se convirtió en un excelente vino. Este fue el primer milagro estupendo que hizo en público el Salvador; cuya vida fue despues un continuo tejido de prodigios. Todo es leccion, todo es misterio en la vida de Jesucristo: á ruegos de la santísima Virgen hace el Salvador su primer milagro: la transubstanciacion del agua en vino, por medio de este primer milagro, es figura de la que habia de hacer el Señor al fin de su vida; la que debia renovarse continuamente hasta el fin de los siglos en la adorable Eucaristía, por la transubstanciacion del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre. La fama de este prodigio se extendió bien pronto por toda la comarca.

No tardaron mucho en oirse en Cafarnaun, que no

distaba sino dos ó tres leguas de Caná, las alabanzas que le daban al nuevo profeta. Era Cafarnaun una ciudad de mucho tráfico junto al mar de Tiberíades, en la parte donde recibe las aguas del Jordan. En esta ciudad hizo Jesucristo su principal mansion; y con este motivo vino á ser bien presto este pueblo el teatro de su predicacion y de sus prodigios. Sin embargo, como la fiesta de pascua estaba cerca, marchó á Jerusalem, y se fué en derechura al templo; encontró en el átrio ó pórtico de Salomon una especie de feria, en que se vendian animales para los sacrificios: veíanse tambien allí cambiantes sentados al mostrador que prestaban dinero á grandes intereses, ó baxo de caucion, á los que les faltaba para comprar las cosas necesarias durante la feria. Indignado el Salvador de aquella profanacion que los sacerdotes habian dexado introducir, y de que sacaban su lucro, y animado del mas vivo zelo de la gloria de su Padre, habiendo hecho como un azote de cordéles delgados, echó del templo todos los animales; arrojó á tierra el dinero de los cambiantes y sus mesas; y á los que vendian palomas, les dixo: *Quitad esto de aquí, y no hagais de la casa de mi Padre una casa de negociacion.* ¿Que hubiera hecho el Salvador, dice el venerable Beda, si hubiera visto que habia contiendas y riñas en el templo: que muchos se abandonaban en él á risotadas disolutas, que se hablaba de bagatelas? ¿que hubiera hecho con los tales el que echó del templo á los que en él compraban lo necesario para ofrecer sus sacrificios? ¿y qué hubiera hecho si hubiera visto las irreverencias y profanaciones que vemos en el día de hoy?

La sumision con que recibieron todos esta correccion de una persona que parecia no tener ningun derecho para hacer un acto tan expreso de autoridad, y que todavía no se habia manifestado con milagros, ha parecido á los santos padres un milagro particular; lo cierto es, que aquel hombre tan poco conocido hasta entonces, vino á ser desde aquel punto la admiracion de toda la Judea.

Todo el tiempo que Jesucristo se detuvo en Jerusalem fue una continua serie de prodigios. Las enfermedades mas incurables desaparecian delante de él: los demonios no po-

dian sufrir su presencia: no habia energúmeno que no quedase librado á la menor insinuacion de su voluntad: las olas se endurecian debaxo de sus pies: el mar, los vientos, las tempestades todo obedecia á su voz: los cielos, la tierra, los infiernos todo cedia, todo estaba sujeto á sus órdenes: al menor de sus preceptos toda la naturaleza olvidaba su armonía, sus reglas y sus leyes: mandaba á todas las criaturas, no como oficial subalterno, ni tampoco como ministro del Altísimo, sino como dueño absoluto, y con un pleno y supremo poder: en todo obraba como Dios-Hombre. Si resucitaba los muertos y curaba todas las enfermedades, era en su propio nombre: cuando hacia milagros, no suplicaba sino mandaba: todos los milagros que obraba, tenian un carácter de autoridad soberana que le era personal: este poder supremo no le era extraño, ni le venia de afuera: hablaba el lenguaje de los hombres; pero obraba como Dios. Un Elías, un Eliseo y otros muchos grandes profetas habian hecho milagros; pero haciéndolos, habian hecho ver que solo eran ministros de la autoridad suprema. Solo Jesucristo obra con autoridad propia en cuantos prodigios hace: *Levantáos*, dice á los muertos, *yo os lo mando: sanad*, dice á los que iban á espirar, *yo soy quien os lo dice*; y cuando hasta los mismos ángeles se contentan con decir al demonio: el Señor exerza su imperio sobre ti; Jesucristo que los echaba de los cuerpos en su propio nombre, habla de una manera mucho mas terminante y precisa: *Sal de ese cuerpo*, dice, *espíritu maligno, yo te lo mando*. Hasta los menores de sus discípulos se hacen obedecer de estos espíritus soberbios desde el punto que les mandan en nombre de Jesucristo.

§. XV.

Las maravillas que Jesucristo obra, demuestran que es el Mesías prometido.

Todos estos prodigios llevaban en sí un carácter demasiado expreso de lo que habia de ser el Mesías para no hacer juzgar á todas las gentes que Jesucristo era el que estaban esperando: hasta los demonios cuando salian de los

cuerpos publicaban que solo el Hijo de Dios podia tener sobre ellos tanto imperio: solo los doctores de la ley y los sacerdotes, como hombres terrenos y carnales, se imaginaban que el Mesías prometido debía volverles, y aun aumentarles su antiguo esplendor: que debía subyugar á sus enemigos, como lo hacen los conquistadores de la tierra: que debía de llenar á los herederos de Jacob de gloria y de riquezas temporales: que debía domar á los gentiles á fuerza de armas, abatir á Roma orgullosa con sus victorias, y repartir sus despojos entre los hijos de Judá. Prevenidos de este error, jamás querian rendirse á unos testimonios tan auténticos y concluyentes. Sordos á la voz de tantos prodigios, desdeñaban el ayre y el porte humilde, pobre y modesto de Jesucristo; y aun ménos podian sufrir la santidad de su doctrina, la que no les prometia sino bienes espirituales; y ved aquí lo que inflamó en ellos aquella envidia y aquel odio mortal que profesaron siempre contra el Salvador, y aquella porfiada obstinacion en tenerle por un falso profeta; pero no fueron todos tan ciegos ni tan malignos.

Durante la corta mansion que hizo Jesucristo en Jerusalem, hizo muchos discípulos en esta capital: entre los que creyeron en él, uno fue cierto fariseo de los que componian el sanhedrin, ó gran consejo; hombre de talento y de bondad, llamado Nicodémus, respetable entre los judíos, no ménos por su nacimiento, que por su hombría de bien: estaba atónito á vista de los muchos y grandes prodigios que todos los dias obraba el Salvador delante de todo el mundo; pero sabiendo la envidia que los de su secta, hasta los doctores de la ley, habian concebido contra Jesucristo, no se atrevia á declararse públicamente por él; y el respeto humano le detenia de modo, que temia parecer discípulo suyo; vino, pues, á hablarle por la noche, y le dixo ingenuamente: Maestro, no se puede dudar que eres enviado de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no está con él. El respeto humano hizo que un hombre tan respetable entre los judíos, como era Nicodémus, escogiese el tiempo de la noche para ir á tratar con Jesucristo; y este es aún hoy el escollo ordinario de las personas distinguidas en el mundo, y muchas veces aun de la plebe.